

«¿Qué tienes en esa mano?—le pregunté vivamente.

—Nada. Ayer me quemé un poco, lacrando una carta. Pero no es nada. Para evitar el roce, me defendí la quemadura con el pañuelo.»

Dió más explicaciones; pero lo que es la quemadura no me la enseñó.

«Pues verás—le dije después de una pausa: —si la justicia no descubre la verdad de lo ocurrido, yo la descubriré.»

Parecióme que no se inmutaba al oír esto. Por fin me contestó:

«Yo creo que la justicia lo pondrá bien en claro, Manolo. No te metas á polizonte, no vaya á pasarte lo que á esos que se proponen descubrir el crimen de la calle del Baño, y han armado ya un lío que nadie se entiende.»

Calló, y se puso á mirar al techo. Yo la contemplaba á ella sin pestañear. Hubo un instante, te lo declaro ingenuamente, en que me inspiró aquella mujer un horror que no puedo pintarte. Impulso sentí de arrojarme sobre ella, y echarle las manos al pescuezo, gritando: «Confiesa tu crimen; confiesa que por tu culpa ha perecido ese infeliz hombre. Revélame la verdad, ó te ahogo aquí mismo.» Desvaneciósese pronto aquel arrechucho, sin que llegara, por fortuna, á pasar de la idea á la acción. Pero mi exquisita impresionabilidad determinó al instante otro fenómeno anímico, y fué que me asombraba de haber amado á semejante mujer. No: en aquel momento, habría jurado yo que la aborrecía y la despreciaba con todas las fuerzas de mi alma. La pasión que sentí por ella se me representaba como uno

de esos estímulos de nuestro amor propio, que nos llevan á situaciones y actitudes enfáticas, de las cuales nos arrepentimos en cuanto caemos en la cuenta de que no arrancan del fondo efectivo de nuestro sér.

Hablamos luego de cosas indiferentes, y me retiré pensando que vivimos en una sociedad esencialmente dramática; sólo que el barniz de cultura que nos hemos dado encubre el drama en las esferas altas, dejándolo sólo descubierto en las inferiores.

Salí de allí con el alma destrozada, y me marché temprano de aquella casa, á la que empezaba á cobrar aborrecimiento.

Pasé muy mala noche... Mi cama toda llena de agujas.

XXX

3 de Febrero.

Asistí á la autopsia. ¡Lo de cosas que hay dentro de este mísero cuerpo humano! ¡Espantosa lección de anatomía! No la olvidaré mientras viva. El cadáver tenía varias contusiones y dos heridas de revólver: una en la frente, y otra en el costado izquierdo. En la primera, la bala atravesó el cerebro y fué á salir por la región occipital. Era mortal de necesidad. La segunda, que interesaba el hígado, también era mortal, aun-

que no de muerte inmediata. La bala había ido á incrustarse en una vértebra. Además, se observó una fuerte erosión en el brazo izquierdo, y los dedos de ambas manos desollados. Hubo, pues, lucha. Creo que no hay datos suficientes para probar el suicidio; pero veo al juez inclinado á admitirlo como un hecho. Ha tomado declaración á los habitantes de las covachas, y no resulta nada preciso. Es un cúmulo de testimonios vagos y contradictorios, que más bien sirve para confundirnos que para iluminarnos. La indagatoria de los porteros de las casas próximas tampoco ha dado luz. ¡Esto es morir!... Las lentitudes de la justicia y la falta de policía me desesperan. Se me ocurren mil recursos probatorios que de seguro darían resultado; pero ese juez, ¿en qué piensa?... Obraré por cuenta propia. De los pasos que he dado y que pienso dar para conocer la verdad por mí mismo, sin auxilio de polizontes, te enteraré oportunamente.

Déjame ahora seguir contándote. Cuando fuimos á la autopsia, el 3 por la mañana, nos encontramos á la Peri, sentada al pie del mismo árbol en que la hablamos visto el día anterior. Su cara descolorida y ojerosa revelaba cansancio y falta de sueño. Como que había pasado allí toda la noche la infeliz. Contónos que al fin había tenido valor para penetrar en el Depósito, *pasito á pasito*, procurando quitarse el miedo de un modo gradual. Acercóse despacio á la puerta; alargó la cabeza hasta que pudo distinguir un pie de Federico; después fué avanzando lentamente, viendo más, más á cada instante... hasta que su ánimo se robusteció y pudo arrostrar el

espectáculo del cadáver completo, de pies á cabeza. Aun con estas precauciones, no pudo evitar una súbita emoción dolorosísima al verle la cara... y se cayó con un poquitín de síncope, y el guarda la tuvo que levantar. Mientras se lo permitieron, estuvo allí, rezando, según dice; después mojó un pañuelo en la sangre que destilaba del cráneo del difunto, y cortándole mechones de pelo, los guardó en otro pañuelo. Mostrábame estas reliquias mientras lo refería. Cuando el guarda la hizo salir, porque ya era tarde, sentóse junto al árbol, decidida á quedarse allí toda la noche, *velando á su amigo de su alma*. ¡El pobrecito estaba tan solo en aquel muladar, olvidado de todo el mundo! Daba dolor ver arrojado sobre aquella mesa, compuesta de una losa de mármol sobre cuatro patas de hierro, el cuerpo del hombre que había sido alegría y encanto de la sociedad. No lo dijo así la Peri, pero tal fué su idea. Recuerdo esta frase: «¡Y los otros allá, divirtiéndose, y quizás alegrándose de haberle quitado de en medio! ¡Canallas!»

Pues, como te digo, la noche entera pasó Leonor en campo raso, al amparo del olmo sin follaje, arrebujadita en su mantón. A la madrugada, diéronle albergue los habitantes de un ventorrillo cercano; tomó un trago de aguardiente, después buñuelos y encima otro poquito de aguardiente. Con esto se entonó, y vuelta á la guardia. Al amanecer, no podía con su alma, de sueño, cansancio y pesadumbre. Todo esto nos lo contaba con ingenua naturalidad, sin dar importancia al plantón ni á las molestias del mal dormir en cama tan dura; y como el forense, á quien

acompañábamos, se permitiese decirle alguna cuchufleta sobre la soledad en que se habían quedado sus amigos de Madrid aquella noche, contestó con gran desembarazo: *que se fastidien*, agregando á la frase un gesto sumamente expresivo. Enterada de que iba á verificarse la autopsia, se horrorizaba de pensar cómo le pondrían el cuerpo y la cabeza á su pobre amigo. «¿Y para qué semejante carnicería?—Más vale que te vayas—le dije yo,—que estas cosas son muy tristes.» Pero ella, haciendo propósito de no presenciar el *desmoche*, aunque se lo permitieran, dijo que no se retiraría á su casa hasta no dejar el cuerpo de su amigo en tierra sagrada, y echarle encima un buen Padre Nuestro.

Al salir del terrible acto médico-legal, la encontré en el propio sitio, llorando. Suplicóme que le contara los horrores que yo había visto; pero hallábame tan impresionado, que apenas pude complacerla. Su curiosidad me estimulaba á hablar, y hacíame preguntas que me dejaban frío. «¿Le abrieron la cabeza? ¿Qué tenía dentro? ¿Se había visto bien claro que era el mejor caballero del mundo?—No, mujer, eso no se puede ver.» Preguntaba luego si le habían sacado el corazón, y cómo era. Debía de ser, según ella, un corazón grandísimo, tan grande que no le cabía dentro... Me lastimaban tanto las candorosas interrogaciones de aquella mujer, como si sintiera en mis carnes las cuchillas del forense haciendo mi propia autopsia. Admiré en Leonor aquella fidelidad de perro, y la pobre mujer se engrandecía á mis ojos.

El entierro se verificó en el cementerio de San

Justo. Fué Santanita representando á la familia, y con él dos personas á quienes yo no había visto nunca. Eran el marido de Claudia y el de Bárbara, ambos de catadura humilde. Habían dispuesto lo necesario para que el entierro fuera decoroso, y trajeron, en un coche de la *Funeraria*, todo lo que hacía falta para el caso. Por no ser posible vestir de nuevo el cadáver, le envolvieron en sábanas, dejándole descubierto el rostro, y nada más se hizo, ni había para qué. Cuando ya salíamos del Depósito, llegaron el marqués de Cícero, Villalonga y otros amigos. El cortejo fúnebre no excedía de quince personas y de seis ó siete coches. Recorrimos en breve tiempo y á paso regular el camino del campo-santo. Nos apeamos. Seguimos tras el ataúd por aquellos tristísimos patios rodeados de nichos. Leonor y yo íbamos á la cola del reducido acompañamiento; pero en el acto del sepelio me aproximé, y ella se quedó á cierta distancia, llorando. Era la única persona, entre todos los presentes, que mostraba un dolor vivo, hondo, inconsolable; pues los demás, incluso Santanita, sólo expresaban duelo de etiqueta, y en algunas caras se podía leer esa conmiseración oficial, mezclada de una crítica severa, que si se tradujese en palabras resultaría así: «¡Pobre perdis! no podías tener otro fin que el que has tenido. Dios te haya perdonado.»

Nada te diré de lo triste del acto. Puedes figurártelo y comprenderlo, conocidas las circunstancias del difunto y su desastrada muerte. Ni te hablaré de las *ideas que se agolpaban á mi mente*, ni del lúgubre sonido de la caja al caer en el fon-

do de la fosa. Todo esto, aunque es verdad, no te expresaría bien lo que yo sentía. Además de la pena de ver desaparecer para siempre á un amigo simpático y amable, me afligía el considerar que con él enterrábamos el indescifrado enigma de su fin lastimoso; que Federico, al caer dentro de la sepultura y recibir encima la tierra, echaba la llave al secreto, y nos daba las buenas noches de la eternidad con cierto humorismo lúgubre que me helaba la sangre: «Adiós, tontos. La solución en el valle de Josafat.»

Salimos de allí hablando del muerto en los términos trillados, fríos, casi indiferentes que es costumbre usar. Unos á otros nos preguntábamos por nuestra preciosa salud, quejándonos del mal tiempo que hacía, voluble y desigual, *impropio de la estación*, y echándole la culpa de nuestros achaques. Nos distrajimos viendo llegar más entierros, con bastantes coches, y en ellos algunas personas conocidas, á quienes saludamos, alegrándonos de verlas vivas. Por las rondas descendían largos rosarios de carruajes en dirección á los distintos cementerios. A lo lejos se nos presentaba, como invitándonos á vivir un poquito más, la loma de Madrid con cien cupulillas, bajo un cielo claro, transparente, bruñido. El sol lucía espléndido, y picaba bastante. De los árboles secos y desnudos no te diré que me parecieron esqueletos, ni que choqueteaban sus ramas con lúgubre son, porque faltaría á la verdad. El día era de los más bonitos que se ven aquí, frío á la sombra, ardiente al sol; día que amenazaba la existencia con dos espadas paralelas: la pulmonía y el tabardillo.

Nos metimos en nuestros carruajes, y á Madrid. Mira tú lo que son las cosas: la imagen del pobre Federico, envuelto en la sábana y metido bajo tanta tierra, no se apartaba de mi pensamiento; pero se iba quedando l-jos, muy lejos, desvaneciéndose un poco á cada vuelta de las ruedas del coche. En el mío traje á Calderón y á la pobre Peri, que se había secado las lágrimas y parecía más tranquila. Calderón es hombre indelicado é inoportuno, y creía sin duda que la mala reputación de Leonor le autorizaba para hacer burla de sus sentimientos, permitiéndose dirigirle chirigotas de mal gusto en ocasión tan triste. «Dime, ¿estas todavía con el malagueño, ó has vuelto con Guillermón?» Contestóle ella con desprecio, y á mí, francamente, me indignaba la grosería de mi amigo y su falta de respeto hacia lo que siempre es respetable, hállese donde se hallare. Poco hablamos durante el trayecto. Yo no hacía más que mirar á la Peri, contemplando con arrobamiento su rostro dolorido dentro del pañuelo atado á la chulesca. El insomnio y la tristeza la hacían más bella, ó á mí al menos me lo parecía. No te oculto nada de lo que siento, aun sabiendo que tal vez te burlarás de mí. Por eso te digo que la mujer aquélla me pareció interesantísima, y que me gustaba, sí, me gustaba; sentía en mí una propulsión misteriosa que hacia ella de la manera más espiritual me lanzaba. Mi dichosa impresionabilidad me iba armando ya una de esas tremolinas pasionales que tan comunes son en mí. No paraba mientes en la clase de mujer que es; no quise ver más que el sentimiento noble, puro y acendrado que mostrado había,

sin mezcla alguna de afectación, y la admiraba con toda mi alma. Tras la admiración vino no sé qué respeto; sí, respeto, no te hagas cruces. ¿Por qué no hemos de dar á las cosas su nombre? Yo veía en ella un calor de sentimientos que me era muy simpático, y entráronme ganas de arrimar á aquel rescoldo mi existencia espiritualmente solitaria y aterida. «Leonor—le dije, cuando nos aproximábamos á su casa, en la calle de Preciados, después de haber dejado á Calderón en la suya,—yo tengo que hablar contigo, y si me lo permites, ha de ser hoy mismo, ahora mismo. Te convidó á almorzar. Iremos á donde tú quieras.»

No sé si el móvil que me impulsaba á hablarle así era un vivo deseo de estar á su lado, ó el propósito de interrogarla sobre ciertos hechos, referentes á Federico, que deseaba esclarecer, á fin de instruir con buenos fundamentos mi sumario. Creo que serían ambos móviles á la vez los que determinaron mi aproximación á aquella mujer. Aún le dije más: «Tú eres muy buena, Leonorilla, y yo necesito entenderme contigo sin tardanza; te necesito como amiga y como reveladora de ciertas cosas que deseo saber.

—No sé si podré—replicó sonriendo.—*Ese* debe de estar quemado, esperándome.—Suba usted y almorzaremos juntos... ó nos iremos á donde usted quiera... con tal que me dejen.»

Subimos. En la casa no había ningún hombre, lo que á ella pareció contrariarla, y á mí me fué muy grato. La criada enteró á Leonor de todo lo ocurrido en su ausencia, y creí entender que alguien estaba hecho un veneno por ausencia tan

larga. Habían salido en su busca... habían dado parte al alcalde de barrio. Leonor se reía. Quedéme solo en la sala, y desde allí la sentí tras-teando en su gabinete; oí rumor de lavatorio, criada y ama rezongando. Pronto entró la chavala transformada en mujer elegante, con una bata preciosa y chinelas rojas.

«Supongo—me dijo,—que usted desea saber algo de ese pobrecito...»

Se le humedecieron de nuevo los ojos, y sentándose junto á mí en la actitud más honesta, añadió: «Era, me lo puede usted creer, el primer caballero del mundo, y la persona más decente que había en Madrid.»

Apoyé sus afirmaciones con un movimiento de cabeza. Después me sonreí al oírle esto: «El día antes sabía yo lo que iba á pasar. Eché las cartas, y en *lo que esperas*, salió el siste de espadas, *muerte segura*, con el dos de copas, *sorpresa*, por causa de *la mujer de buen color*...»

—¿Pero es posible que tengas fe en esas paparruchas?

—No me han fallado nunca. Sale siempre clavado todo lo que rezan las cartas. Aquí estuvo el infeliz el día mismo del caso. No sé si debo contarle á usted lo que habló conmigo, que fué muy poco. Cuando el juez me cite, saldré del paso con cuatro papas; pero con usted, si me da palabra de callarse, seré más franca. Federico y yo éramos amigos, pero amigos... no sé cómo explicárselo... vamos, que no teníamos nada, que no había nada entre él y yo... En otro tiempo, sí, nos quisimos; pero ya... Éramos lo mismo que los matrimonios viejos... Como ilusión, no la ha-

bía... Le juro á usted que no me tocaba. Pero nos teníamos mucha ley, nos apreciábamos, y yo me aconsejaba de él, siempre que me veía en alguna situación mala, y él de mí.

—¡El se aconsejaba de tí, de tí! ¿Cómo?... Explícame eso... Pero vamos por partes y no nos aturrulemos. Claridad, orden ante todo. Lo primero que deseo saber, y tú podrás decirme, es si Federico tuvo grandes pérdidas en el juego estos últimos días.

—No, no: todo lo contrario. La noche antes ganó muchísimo dinero, pero muchísimo... Al juez le diré sobre esto lo que me parezca, lo que no comprometa el buen nombre del pobre difunto.

—Sí; pero á mí me dirás cuanto sepas, todo absolutamente. Yo te guardaré el secreto, Leonor, y seré tu amigo... amigo, como lo fué él.

—Dificilillo es eso—me dijo sonriendo con tristeza, y mirándose las uñas.—Habrían de reunirse muchos perendengues. Esto viene de muy lejos, señor mío. Yo podré, en un abrir y cerrar de ojos, prendarme de un hombre y él de mí, y querernos más ó menos tiempo; pero una amistad como la que teníamos aquél y yo no es cosa de tres ni de cuatro días.

—Pues todo has de contármelo—repetí, devorado por la curiosidad,—y pronto.

—No vaya usted tan de prisa... Y además, hay cosas que no sé si debo decirles. Son muy delicadas, y si usted no las entiende bien, podría pensar mal de nuestro amigo. No todos comprenden bien lo que pasa. Hay cosas... cosas, ¿eh? que parecen muy malas, y no lo son.

—Cierto; pero se me figura que yo entenderé todo lo que tú me confies, y que la buena memoria de mi amigo no perderá nada por eso. Ahora, lo primero que has de decirme, y en ello sí que no puede haber aplazamiento, es lo que piensas tú de esta desgracia... ¿Qué ha sido? ¿Cuándo la supiste? ¿Qué dijiste al saberla? Nadie como tú le conocía á él; nadie como tú estaba al tanto de sus trapisondas... Tu opinión sobre esta muerte es de grandísima importancia, Leonor.»

Al hacerle la pregunta, interrogaba yo también la expresión de su rostro. La ví compungirse y llorar de nuevo. Enjugándose las lágrimas, me respondió con voz entrecortada:

«No sé, no sé... pero para mí... A Federico le han matado... Eso de que se mató él... qué sé yo... me parece invención de la justicia para tapar la verdad. ¡Pobrecito de mi alma, tan bueno, tan leal, tan persona decente! ¡Maldita sea la muy pilouga que tiene la culpa!

—¿Luego tú crees que aquí hay mano de mujer, ó influencia de mujer?

—Crea usted que sí la hay... Si el juez me pregunta sobre esto, me haré la tonta; pero yo tengo acá mi idea, y no hay quien me la quite.

—¿Cuál es tu idea?... Yo quiero saberla...

—Hay mujeres muy remalas.

—Eso es verdad; pero lo que falta saber es qué remala mujer ha andado en esto.»

Leonor dió un gran suspiro; se miró otra vez las uñas, lo que hacía siempre que meditaba, y por fin me dijo en voz queda:

«¿Para qué me lo pregunta, si usted la conoce mejor que yo?»

No quise pronunciar el nombre que flotaba en la confluencia de nuestras palabras. Tan sólo dije: «¿Federico te habló de esa mujer alguna vez, te dió cuenta de sus amores con ella?»

—Nunca, nunca—declaró la Peri con cierta dignidad.—Le juro á usted que nunca me dijo nada. Era tan delicado, que en esta casa jamás pronunció el nombre de las señoras que se chiflaron por él. Y cuando yo quería tirarle de la lengua, me lo negaba, crea usted que me lo negaba...

—¿Entonces, cómo sabías tú...?

—Lo sabía por otro lado; lo sabía... porque sí... como se saben muchas cosas.

—Bueno. Dejemos el origen de tu conocimiento. ¿Y en qué te fundas para creer que le mataron?

—Es corazonada... pero que no me engañó—respondió con acento convencido y picaresco.—Tan cierto es lo que pienso como éste es día... Yo me guardaré mi idea. No quiero confiársela á nadie.

—¿Ni á mí tampoco?

—¿Para qué? No hemos de poder probarlo. Si hablo de esto, podrían vengarse de mí.

—Bueno, pues dime una sola cosa, una sola, y no te pregunto más. ¿Crees tú que Federico murió á mano de hombre?

—Claro: de hombre...

—Me basta.»

Te refiero este diálogo, del cual poca substancia sacarás, para que comprendas la confusión de mis ideas. No quise insistir en mi interrogatorio; y como las necesidades corporales, por lo avan-

zado de la mañana, se nos impusieran, á entrambos se nos ocurrió que nada es tan inconveniente para los altos fines humanos como pasarse todo un día sin almorzar. Nuestra pena misma exigía la reparación orgánica, y hasta el intrincado problema que nos inquietaba pedía fuerzas materiales para ser tratado con la debida entereza y formalidad. Porfiaba ella en que almorzáramos allí; yo que en el *restaurant*. Venció por fin el sexo débil, y pasamos al comedor. ¿Acabaré de ser sincero contigo? Pues sí, ¿por qué no? Aquella mujer me tenía fascinado: ante mí se agigantaba, no sólo por su belleza, sino también, y más quizás, por no sé qué aureola moral que mi mente voluntariosa veía ó quería ver en ella. Nada, hijo de mi alma, que estaba yo enamorado... no retiro la palabra, enamorado de la Peri, y deseando manifestárselo; y has de saber también que lo que en mí sentía era muy por lo fino, algo de galantería caballeresca y sentimental que me andaba por dentro como lucida procesión, y... no sé qué más decirte.

Dejo la conclusión para otra carta, porque estoy fatigadísimo, y no puedo concluir sin llenar un pliego más. Hasta mañana.

XXXI

7 de Febrero.

¿Crearás tú que el almuerzo acabó en bien; que mi fascinación llegó á su apogeo, y que con el estímulo de los manjares y bebidas, me lancé á manifestar mis sentimientos, y alcé los amantes brazos y cayó en ellos la Peri, pagándome mi respetuosa afición con otra de la misma calidad ó quizás menos pura? ¡Quiá, no seas tontol! Si te has creído esto, bórralo de tus papeles. Ambos estuvimos muy desgánados de todo, muy tristes. Advierte ahora, en lo que vas á leer, de qué manera se enlazan en la vida las cosas tristes con las cómicas, y cómo nuestros propósitos y la realidad andan ó suelen andar á la greña.

No habíamos concluido nuestro almuerzo, el cual, dicho sea entre paréntesis, fué bastante irregular, como hecho en casa no muy bien regida, cuando vino á torcer el rumbo de mis alambicados pensamientos la brusca entrada de un sujeto conocido en el mundo de la galantería con el remoquete de *el pollo malagueño*. Supongo que no irás á buscar esta celebridad en el Vapereau, en el Larousse, ni en ninguna otra enciclopedia. No la busques porque no la encontrarías, lo que no quita que sea celebridad incontestable, al menos aquí, y que le conozcamos todos, unos de

vista, otros de trato, como yo, por desgracia. Te presento á este chulito de buena familia y mejor sombra, un poco torero, un poco aristócrata, un poco borrachín, tan ligero de palabras como torpe de entendimiento, guapo, eso sí, aunque afeinado, pies y manos de mujer, el cuerpo muy espigadillo, el pelo sobre la oreja, y un bigotito que parece de seda negra, los ojos como soles; hombre, en fin, á quien yo, siempre que le veo, daría de buena gana dos patadas en semejante parte, y te juro que no se las di en aquella ocasión por respeto á la que no vacilo en llamar... riete, hombre, riete hasta mañana... *dama de mis pensamientos*.

Pues, señor, lo mismo fué entrar el tal pollo que... ¿Crees que se armó una gran marimorena, que la Peri y su amante se enzarzaron de palabras, que luego el chulo y yo nos liamos, y...? No, hombre, ten paciencia; no hubo nada de esas *tragedias* que en lenguaje filosófico se llaman *broncas*. Me parece que Leonor le saludó con un *¡hola, perdís! ¡ya estás aquí!* Pero no estoy seguro de si dijo esto, ó simplemente *¡válgame Dios, lo que está aquí!* En la duda no apuntes nada, no sea que después, en las edades futuras, armen los historiadores un eisco por dilucidar los verdaderos términos de esta importante salutación.

De lo que sí no me cabe duda, y esto puedes consignarlo con toda solemnidad, es que Pepe Amador, que tal es su nombre, llegóse á su querida, é hizo ademán de darle un sopapo, en broma se entiende, con actitud entre cariñosa y enojada, rebuznando así: «¡Míá que too un día y toa

una noche! Pamplinoso...! ¿pa qué esos papeles, si tú no eras ná del cadáver?»

Leonor se dejó acariciar de aquel gaznápiro, y volviéndose á mí me dijo: «Vamos, dígamelo usted con franqueza. ¿No es un disparate que yo esté tan chalafta por este animal?»

Iba á contestarle que, en efecto, el disparate era de los más gordos; pero no dije nada. Amador me saludó de un modo servil, con extremos de amistad, á que yo nunca había dado pie, porque el tipo me repugnaba. No manifestó en aquel instante la más ligera inquietud por mi presencia, y creo que aunque hubiera tenido celos de mí, se habría guardado muy bien de manifestarlos. Sentóse el chulapo junto á ella, y pronto empezaron á ponerse babosos, lo que me enfadó sobremanera. No comprendía yo, ciertamente, que una mujer de mérito... digo de mérito y no me vuelvo atrás, porque todo es relativo en este mundo... pues sí, no comprendía que una mujer de calidad amase á semejante gandul. En las ternezas y recriminaciones que ella le dirigió, creí notar confundidos el cariño y el desprecio. Analiza esto, hombre sesudo, si no te causa empacho. Yo te diría algo sobre el particular si tuviera humor para entretenerme en tales tontunas. Ya comprenderás que no me haría maldita gracia el gorro que intentaban ponerme aquel par de peines, y quise retirarme. Leonor se opuso, diciendo á su chico que tuviera formalidad.

Y ahora, procediendo con esa lógica que los sabios llamáis inflexible, creerás sin duda que ante el amor de la Peri por aquel tipejo, ante el espectáculo de las gansadas de él y de las zala-

merías de ella, me desilusioné de golpe, y que, súbitamente, me repugnó la que antes me parecía tan seductora. Crees esto, ¿verdad? Pues no señor, no fué así. Esas son las lógicas de los trataditos de Etica; las del humano corazón suelen ser ¡ay! muy distintas. Te diré, pues, que contraviniendo toda ley escrita, la chavala siguió atrayéndome y fascinándome, y sus debilidades manifiestas no me quitaron la ilusión de aquel extraño resplandor moral que creí ver en ella. Esto te parecerá un cien-piés; pero como es te lo cuento, y con la realidad no se gastan bromas.

Despedíme dos ó tres veces, y otras tantas Leonor y su querindango me retuvieron. En una de éstas el muy tonto se permitió dar su opinión sobre el suceso del día, contándonos lo que había oído en la esquina del Suizo, en la Taurina y en otros centros de instrucción y cultura. La versión recogida por Amador no podía ser más extravagante. Federico había sido muerto por Orozco.

«¡Qué barbaridad!—le dije:—¡si Orozco estaba aquella noche en las Charcas...! Me consta.

—Pues un amigo mío—replicó el chulo con la seguridad de la barbarie,—me ha dicho que vió á don Tomás á las once de la noche, en una calle que desemboca en el propio lugar del crimen. Iba bien embozado en su capa, con otro *chavó*. ¿Y esa?»

Yo me ref. La Peri también se rió, aunque con afectación notoria, como intentando encubrir su pensamiento. No quise entrar en discusiones sobre punto tan delicado, y me retiré, prometiendo á Leonor que volvería á charlar con ella, cuando pudiese consagrarme un rato largo, pero muy lar-

go. Convinimos en que me fijaría sitio, día y hora, y me marché por esos mundos de Dios en busca de las impresiones públicas y callejeras que no habían de faltar.

En las tres ó cuatro partes á donde fui no se hablaba de otra cosa. Fácilmente comprenderás que un asunto de tal naturaleza, formado de misterio y escándalo, ha de excitar vivamente la chismografía de la raza más chismográfica del mundo; raza dotada de fecundidad prodigiosa para poner variantes á los hechos y adornarlos hasta que no los conoce la madre que los parió; raza esencialmente artista y plasmadora, que crea casos y caracteres, formando una realidad verosímil dentro y encima de la realidad auténtica. Ante un suceso de gran resonancia, todo español se cree humillado si no da sobre él su opinión firme, tanto mejor cuanto más distinta de las demás. Oí, como puedes figurarte, explicaciones razonables; otras novelescas, aunque dotadas de esa verosimilitud propia de las obras de imaginación escritas con talento; algunas estrafalarias, pertenecientes al género de entregas, de esas que, llenas de chafarrinones, se te meten por debajo de la puerta. Todo lo oí con paciencia y atención, pues hasta los mayores desatinos deben, en casos tales, oirse y sopesarse para obtener la verdad. Personas encontré que se cebaban en el asunto con brutal fiereza, ávidas de hincar el diente en reputaciones hasta entonces intactas; otras que se inclinaban á lo más atroz, arriesgado y pesimista, y algunas que, gustando de tomar el simpático papel de la sensatez entre tanto delirio, proponían las versiones más anodinas y triviales;

pero en honor de la verdad, debo decirte que éstas hacían pocos prosélitos. La multitud se iba tras los que arbolaban estandartes rojos y llamativos, con algún lema muy escandaloso; tras los que anunciaban su tesis con tambor y cornetín como si exhibieran un fenómeno en las barracas de una feria. De todo esto, querido Equis, he de darte cuenta detallada, cuando yo esté más sereno, y tú menos harto de mí.

Dispénsame que no siga ésta; pero ya ves que el día ha sido de prueba. Júzgalo por el índice que á la carrera te trazo, y que parece el sumario de un capítulo de causa célebre: Autopsia.—Entierro.—Mi pasión por la Peri.—Almuerzo en casa de ésta.—Amador.—La opinión pública ó la confusión de las opiniones.—Abur, y date buena vida, que esto es lo único que se saca en limpio en nuestro breve tránsito por el más malo y el más tonto de los planetas.